

Tocó á éste empeñar el combate contra la izquierda enemiga y atacó con gallardía las alturas que los franceses ocupaban, quedando herido, pero sin abandonar el campo. Hill sostuvo á los españoles, y los franceses fueron desalojados de sus posiciones. En seguida Hill cruzó el Zadorra, y entrando por los desfiladeros que forman las alturas y el río, atacó y tomó á Subijana de Alava, que cubría la izquierda enemiga, frustrando luego las repetidas tentativas de los franceses para recobrar esta importante posición. Moviéndose entonces el cen-

tro británico, compuesto de cuatro divisiones, atravesando el Zadorra en pos de Hill y adelantando dos brigadas de artillería que batieron el centro francés. Después de un largo combate, el centro y la izquierda de los franceses tuvieron que replegarse á Vitoria. A esta sazón, la izquierda de los aliados, arrojando á los franceses de Gamarra, atravesó el Zadorra y se estableció en el camino de Vitoria á Bayona, cortando por este lado la retirada á los franceses y obligándoles á dirigirse á su país por Pamplona. No hubo ya enton-



Fin de la batalla de Vitoria: retirada de los franceses.

ces sino desorden y confusión en el campo francés; todo lo abandonaron los enemigos: artillería, bagajes y almacenes. Perdieron 151 cañones y 8,000 hombres, entre muertos y heridos, y José, estrechado de cerca, tuvo que dejar su coche y montar á caballo para salvarse, metiéndose en Francia. En España solo quedó Suchet, acosado en todas partes por los españoles.

En pos del enemigo entraron los aliados en Francia y ocuparon también varias poblaciones derrotando á los generales franceses.

Diestro Napoleón en las artes de la perfidia y del engaño, pensó que sería oportuno entrar en relaciones con Fernando y envió dos comisionados á Valencey, los cuales le propusieron un tratado, en cuya virtud Napoleón le reconocía por rey de España, prometiendo entregarle las plazas que ocupasen aun los franceses, y Fernando se obligaba á hacer salir á los ingleses de la península y á restablecer en sus honores y

empleos á los que habían seguido el partido de José. Fernando firmó el tratado y envió al duque de San Carlos para que lo presentase á la regencia, diciéndole verbalmente que debía ratificarse si las potencias aliadas contra Francia lo aceptaban, pues en otro caso estaba resuelto á declarar que era nulo y forzado, después que hubiera vuelto á España. Esto debía decir San Carlos á la regencia si veía que no estaba impregnada de jacobinismo. En caso contrario, debía limitarse á pedir simplemente la ratificación del tratado. La regencia contestó que con arreglo al decreto de las cortes de 1.º de enero de 1811 no se obedecería ningún decreto del rey mientras estuviese en el extranjero.

A principios de enero de 1814 fueron los franceses desalojados de las últimas plazas que ocupaban en Cataluña y Aragón; Napoleón dió libertad á Fernando y éste volvió á España, donde se portó con la monstruosa ingratitud que era de esperar de su carácter.

LIBRO SEXTO

RESTAURACION DE EUROPA EN PARIS Y EN VIENA

CAPÍTULO PRIMERO

LUCHA SOBRE EL PORVENIR DE FRANCIA: ¿NAPOLEÓN, BERNADOTTE Ó LUIS XVIII?

El día 18 de enero de 1814 presentóse en Basilea, corte á la sazón de los monarcas aliados, lord Castlereagh, el más poderoso ministro de la poderosa Inglaterra, á quien todos, pero muy especialmente el príncipe Metternich, esperaban con verdadera impaciencia. Antes de que llegara Castlereagh, escribía Metternich al príncipe Schwarzenberg, en 16 del propio mes: «De las primeras horas de la entrevista depende la salvación de la causa, dentro del estado en que actualmente se encuentra;» y después que se hubo hablado y llegado á una inteligencia con aquel ministro, escribió el día 21 al propio amigo: «Lord Castlereagh está aquí y estoy muy satisfecho de él, pues le adornan las mejores cualidades, como son: afabilidad, ciencia y moderación. Me agrada bajo todos conceptos y estoy convencido de que no menos le gusto yo á él. Refrenamos la necedad de cierto personaje cuyas astucias no me inspiran ya el menor cuidado. La pasión hacia Bernadotte es un pecado que coincide con muchos otros, pero no caeremos en el lazo (1).» Nuestros lectores estaban ya preparados para esta manifestación por la correspondencia de los dos austríacos que les hemos dado á conocer mas arriba. Volviendo ahora á este mismo asunto, guiados por las memorias detalladas de lord Castlereagh, descubrimos el punto capital mas sorprendente á la par que mas importante de la política secreta que corrió paralelamente con el curso de la campaña en Francia, dificultándola y contrariándola de una manera que hasta ahora no ha sido comprensible.

Lord Castlereagh no esperaba de los monarcas aliados disidencia alguna respecto de la cuestión del porvenir de Francia, desde que se había convencido sobre el terreno de la formalidad y energía con que hacían la guerra. En su primera memoria, que lleva la fecha de 22 de enero (2), hace ya completa justicia al espíritu de empresa de los aliados y encuentra que la promesa de que las negociaciones de paz entabladas por Saint-Aignan en nada perjudicarian á las empresas guerreras tuvo cabal y perfecto cumplimiento en el avance resuelto para libertar y restablecer la Suiza, en la rápida marcha de flanco del ejército principal desde Francfort

á Basilea, combinada con todos los preparativos necesarios para perseguir el objetivo de una amplia guerra de ataque y en la actitud altanera con que en pleno invierno penetraron en el corazón de Francia, teniendo á su espalda el Rin, cuyos hielos podían cortar todas sus comunicaciones: «La energía con que hasta el presente se han llevado á cabo todas estas empresas y con que los aliados han conseguido apoderarse de 28 departamentos situados en las distintas fronteras francesas, es buen testimonio de la decisión con que se hace la guerra. Desde el punto de vista puramente militar, las fuerzas de los aliados van en constante aumento gracias á las levadas que sin interrupción se hacen en Alemania, á la llegada de las reservas y á verse el cuerpo destinado á los sitios libre de los bloqueos de fortalezas.»

El citado ministro no se mostró de igual manera satisfecho en lo tocante á las opiniones políticas que observó en el cuartel general, pues en este punto se encontró con una novedad á la que, en un principio, no quería dar crédito. «Se dice — escribía (3) — que el emperador de Rusia se inclina á favorecer los planes que el príncipe heredero de Suecia abriga respecto de Francia. Mucho me resisto á creer tal afirmación, pero ha llegado á mí por conducto tan fidedigno, que no puedo menos de admitir que S. I. M. ha acariado este proyecto, bien que no tan formalmente, — tal es por lo menos mi parecer, — que quiera persistir en él á pesar de las observaciones que en contra se le han hecho.» Castlereagh no había hablado todavía personalmente con el emperador y por esto admitió, al principio, fácilmente esta suposición, considerando, sin embargo, que la simple idea de tales planes constituía un peligro gravísimo para la continuación de la guerra. «Tengo motivos, — escribe, — para creer que hasta que desaparezcan estos propósitos el ejército austríaco no podrá proseguir su marcha sobre Paris. El lenguaje del príncipe de Metternich respecto de este punto es lo mas enérgico posible y los prusianos se muestran acerca de tales propósitos altamente resentidos. El ministro austríaco dice en el seno de la intimidad que su corte no se opondrá en manera alguna á la voluntad de la nación francesa si ésta quiere restablecer la antigua dinastía, pero la cosa cambiaria por completo si en vez de una princesa de la casa de Habsburgo se sentara en el trono la señora de Bernadotte. Sin embargo, esto es un asunto secundario comparado con el peligro que para la libertad de Europa significaría una alianza entre Rusia y Francia, desgracia contra la cual quiso ya asegurarse el emperador Francisco dando á su hija por espo-

(1) Metternich: *Participacion del Austria*, etc., pág. 800.

(2) Wellington: *Supplementary Despatches*, tomo VI (Londres, 1851), pág. 536.

(3) Wellington: *Supplém. Desp.*, tomo VIII, pág. 537.

sa á Napoleon Prescindiendo de la gloria de destronar á Bonaparte y de librarse de un vecino inquieto, debió de haber influido en el ánimo del emperador para alentar ese plan cierta visita que recientemente ha hecho á la corte de Baden, donde ha conocido á la reina de Suecia, conmoviéndole de tal suerte la vista de ella y de sus hijos que en seguida manifestó formalmente el propósito de reponerla en el trono sueco. Espero que esta impresion habrá sido pasajera, pues nada podría ser mas ignominioso que el emperador, despues de haber separado á Noruega de Dinamarca para hacer independiente á Suecia, quisiera mediante un juego de intriga con tal hombre asegurarse la dominacion de ambas naciones y una influencia preponderante en Francia. Lo cierto es que el príncipe heredero de Suecia ha fomentado vivamente en Francia tales proyectos, poniendo en libertad y enviando á su patria á un número cada dia mayor de oficiales franceses prisioneros: muy recientemente ha hecho esto con 60 de una vez, ayudado, segun él mismo dice, por el emperador. Estos oficiales, sin embargo, fueron detenidos en la frontera por un general prusiano, siendo luego internados desde entonces en el príncipe Schwarzenberg y permaneciendo desde entonces en Fulda libres bajo palabra de honor. Que Bernadotte trabajó celosamente para derribar á Bonaparte es un hecho que está confirmado por la correspondencia de M. Thornton (1), á quien aquel dijo que queria reponer en el trono á los Borbones. La primera indicacion relativa al plan de entronizar en Francia á Bernadotte llegó á mis oídos durante mi viaje, é inmediatamente creí oportuno escribir á Thornton que no apoyara, sin recibir para ello autorizacion expresa, ninguna medida que adoptara el príncipe heredero tocante á las cuestiones interiores de Francia: prohibe asimismo que se mezclara en lo de tomar á sueldo tropas danesas como se proponia hacerlo, porque el príncipe heredero solo queria adoptar este recurso para poder extender mas su jefatura, que actualmente es ya bastante grande. Quería yo además que el mando supremo sobre las tropas holandesas y británicas que se encontraban en la frontera de Holanda no le fuese en manera alguna confiado, sino que por el contrario, las circunstancias sirvieran, en un momento á propósito, de motivo para una nueva distribucion de mandos.»

La guerra, que se llevaba á Francia, era el único medio de conseguir un fin político que de otra manera era imposible lograr. Como siempre, la unidad de miras respecto del objeto imponía la energía en la aplicacion del medio. Castlereagh, animado de este acertado modo de sentir y aguijoneado por las primeras noticias concretas acerca de la herejía política de Alejandro, sentía verdadero afán por poner en claro desde un principio y en union de Metternich este embrollado asunto. La cuestion relativa al porvenir de Francia presentaba, á su modo de ver, cuatro soluciones: 1.^a Napoleon; 2.^a un general francés, quizás Bernadotte; 3.^a una regencia (en nombre del rey de Roma); 4.^a los Borbones. La segunda y la tercera ofrecían el inconveniente de no crear nada estable y definitivo, antes por el contrario de ser fuente de nuevos cambios, disfrutando, mientras éstos no ocurrieran, de una ilegítima preponderancia en el primer caso Rusia y en el segundo Austria, naciones á las cuales mas perjuicios reportaría la rivalidad que necesariamente habia de nacer que ventajas el aumento de poder y de influencia. Si Austria, para evitar la odiosa apariencia de una primacía, por otra parte sin valor alguno, no queria que existiera por mas tiempo la corona imperial, debia precaverse doblemente contra los desprecios y dificultades odiosas con que tendria que luchar una regencia austriaca en Francia. De esta opinion participaba Metternich cuando de-

(1) Representante de Inglaterra en la corte sueca.

claraba que las cuatro soluciones ésta seria la que en primer término debía rechazar el Austria. En cuanto á la solucion número dos, opinaban los dos ministros que era demasiado imposible para ser peligrosa. Respecto de la primera y de la cuarta, decía Castlereagh que tenían la ventaja de que ninguna de ellas haría surgir la discordia entre los aliados, pues en el primer caso se impondría á Napoleon la mejor paz posible, creándole luego una posicion segura por medio de una alianza defensiva de las potencias, y en el último, el gobierno de Francia volvería á su antigua dinastía nacional, la cual seria completamente independiente de las cortes aliadas y se encontraría durante muchos años sobradamente débil para llegar á ser molesta á cualquiera de éstas. Castlereagh termina su memoria sobre este particular con las siguientes palabras: «El príncipe Metternich estaba completamente conforme con esto y decía que si por el deseo pudiera resolverse la duda entre una de estas dos soluciones, no vacilaría en preferir á los Borbones, pero añadiendo que no queria prejuzgar una resolucion que habia de ser enteramente libre para la nacion francesa. Al llegar á este punto interrumpí la conferencia, convencido de que mucho habia logrado haciendo confesar al príncipe que solo habia dos posibilidades, Bonaparte ó los Borbones, y que esta última solucion seria la preferida si Francia hacia presion en este sentido y obraba con la energía necesaria para convertirla en hecho mediante la cooperacion de la buena voluntad y del alegre asentimiento de la nacion (2).»

Lord Castlereagh procedió con prudencia suma explorando la opinion de Metternich antes de dar á conocer la suya propia, que de antemano tendía pura y exclusivamente á la restauracion de los Borbones (3). Ciertamente que no pudo conocer tan patentemente como hoy la conocemos cuál era la verdadera relacion existente entre Metternich y Napoleon, y decimos esto porque, de lo contrario, no hubiera apelado á tantos rodeos; pero el tono en que el ministro austriaco se expresó ya en Basilea en favor de los Borbones pareció tan sincero, que ni siquiera se dejó engañar por las reservas que Metternich hacia respecto de este cambio de soberano (4). Castlereagh mismo estaba convencido de que nada podia perjudicar tanto á este asunto como la precipitacion por un lado y el abuso por otro. Antes de emprender su viaje al continente habia suplicado encarecidamente al impaciente Monseñor conde de Provenza, en Hartwell, que no expusiera antes de tiempo á su hermano, el conde de Artois, y al hijo de éste, sino que por el contrario se preguntara: «Un Borbon sin armas, sin dinero y sin el apoyo decidido y franco de los aliados, ¿qué puede esperar conseguir con su sola presencia personal en un país que si bien odia al gobierno que tiene, teme sin embargo su venganza?» En cuanto al «apoyo decidido y franco de los aliados» Castlereagh no queria que se concediera á los Borbones antes de que Francia se moviera en sentido favorable á su antigua monarquía: igual opinion profesaba Metternich por motivos que con Castlereagh podremos apreciar en todo lo que valen

Además de conferenciar con el príncipe Metternich, Castlereagh habia hablado en Basilea con el canciller de Estado Hardenberg y con el ex-ministro conde Stadion. De los mo-

(2) Wellington: *Supplem. Desp.*, tomo VIII, pág. 535.

(3) *B.*, pág. 6.

(4) Fechados en «Basilea, á 22 de enero de 1814,» envió Castlereagh tres documentos á lord Liverpool, en Londres. Los tres aparecen insertos en el tomo VIII de la obra de Wellington: *Supplementary Despatches*, á donde nadie los iría á buscar (págs. 533-540) y donde están publicados por orden inverso. Precédelos el despacho de cinco páginas que él mismo titula: *My general letter*, y en lugar de ésta hay el que corresponde al primer puesto.

narcas, solo habia podido ver al emperador Francisco y al rey Federico Guillermo, que habian esperado su llegada, pues el emperador Alejandro apenas sus guardias penetraron en Francia (13 de enero) no quiso detenerse por mas tiempo. Castlereagh no pudo avistarse con él hasta el dia 25, en que lo encontró en Langres, y entonces pudo convencerse palpablemente de que los planes que este emperador acariciaba respecto del porvenir de Francia y en especial respecto de Bernadotte merecian ser tomados mas en serio de lo que él los habia tomado en Basilea y de que del abandono oportuno y completo de estos planes dependia el progreso ó el retroceso de la guerra, porque el emperador de Austria estaba resuelto á no consentir que se vertiera una sola gota de sangre de sus pueblos para favorecer el establecimiento de la monarquía de Bernadotte en Francia. Esta cuestion habia suscitado en Langres serios altercados entre el emperador Alejandro y el príncipe Metternich. Este habia adquirido en Basilea, como sabemos, y con gran sorpresa, la certidumbre de que Alejandro queria sentar en el trono de Francia al ex-mariscal Bernadotte, pero hasta Langres no supo por boca del mismo emperador la manera cómo éste pensaba conseguir el entronizamiento, manifestacion que destruyó las ilusiones acariciadas respecto de la indestructibilidad de los imperiales castillos en el aire. Las operaciones contra Paris, decía el emperador, serán continuadas con energía y cuando estemos delante de la ciudad dirigiremos al pueblo francés un manifiesto declarando nuestro firme propósito de no intervenir ni en la cuestion de su forma de gobierno ni en la eleccion de su soberano. — El emperador habia dicho á Castlereagh, cuando éste le habló de Bernadotte, que no habia contraido compromiso alguno con el príncipe heredero y que nunca habia manifestado tendencia ninguna á favorecer las pretensiones de éste, pues era contrario á sus principios fundamentales el mezclarse en el gobierno de un Estado extranjero, prefiriendo siempre que la nacion escogiese lo que mas le acomodase (1). — Todo esto no podia ser mas liberal, pero la cuestion estribaba en saber cómo se consultaría á la nacion y quién dirigiría la emision de los sufragios. «Al mismo tiempo que publicaremos aquel manifiesto, — proseguia diciendo el emperador, — convocaremos la primitiva Asamblea y le pediremos que envíe á Paris un número conveniente de diputados, los cuales se ocuparán, en nombre y representacion de la nacion, en decidir ambas cosas (Constitucion y jefe).» «Pero, — repuso Metternich, — esto seria una nueva edicion de la Convencion, un nuevo desencadenamiento de la Revolucion.» Alejandro le tranquilizó diciéndole: «Estamos en Francia y nuestros ejércitos, que son numerosos, atemorizarán á los revolucionarios. Los diputados solo habrán de resolver dos cuestiones, á saber, la forma de gobierno y la eleccion de soberano. La república ha muerto víctima de sus propios excesos y el príncipe que la nacion se elija no encontrará dificultades para establecer su autoridad. La de Napoleon está completamente quebrantada y nadie quiere oír hablar mas de ella. El punto esencial estará en dirigir acertadamente la Asamblea; mas para esto tengo ya preparado al hombre mas á propósito, mas idóneo para un negocio que á un novato le seria quizás imposible. Encargaremos á Laharpe la direccion del asunto.» El objeto á que con esto se tendía era evidente. El emperador creía que Napoleon habia acabado para siempre, y por otra parte decía, en contra de lo que opinaba Castlereagh, que el advenimiento de los Borbones era imposible, todo lo cual traducido al lenguaje vulgar significaba: bajo la direccion de Laharpe, es decir, del emperador Alejandro, y ante la presion de las bayonetas rusas, el

(1) *B.*, págs. 10-11.

pueblo francés no podia elegir mas que entre la República ó Bernadotte. Y como en esta eleccion forzada no ofrecía duda alguna el triunfo del segundo sobre la primera, de aquí que, bajo la falsa apariencia de una eleccion popular, el emperador Alejandro imponía á los franceses un rey que, instituido por Rusia, firmaría con el auxilio de ésta una paz lo mas favorable posible á los franceses, con lo cual y con la reorganizacion de Alemania, Polonia, Italia y Suiza se favorecerían los intereses de Rusia en perjuicio de los de Austria, Prusia é Inglaterra.

El príncipe Metternich contestó inmediatamente al emperador que él nunca apoyaría un experimento de esta especie hecho con el principio de la soberanía popular y que el emperador Francisco no prestaría su apoyo á otro gobierno mas que al de los Borbones, único legítimo. Al dia siguiente, despues de haberse asegurado confidencialmente de la aprobacion del conde Nesselrode y del general Pozzo di Borgo — pues en esta cuestion el emperador se veía abandonado por sus mismos hombres de confianza, — y despues de haber obtenido del emperador Francisco poderes para oponerse á este plan «hasta llegar á la amenaza de retirar inmediatamente su ejército,» formuló la declaracion definitiva siguiente: «El emperador se opone á que se haga un llamamiento á la nacion, á un pueblo que tendria que deliberar en la falsa posicion creada por la presencia de 700,000 bayonetas, además de que no ve cuál podría ser el objeto de discusion cuando existe un rey legítimo (2).» En vista de esto, el emperador Alejandro manifestó que no persistía en su idea desde el momento en que los aliados se mostraban contrarios á ella, pero que el tiempo vendría á darle la razon.

Esta manifestacion, sin embargo, no constituía garantía alguna acerca de la conducta que observaría cuando una vez en Paris no tuviera ya que consultar el parecer de los aliados. De igual manera habia querido tranquilizar á lord Castlereagh, pero á éste le habia asaltado el mismo temor que á Metternich, á saber: que si las potencias llegaban delante de Paris sin haberse puesto de acuerdo respecto de la futura suerte de Francia, era fácil que una intriga, muy probablemente militar, llegara á sobreponerse á los verdaderos sentimientos de la nacion. Así se lo manifestó sin ambages ni rodeos al mismo emperador, planteando al propio tiempo como norma para las negociaciones que sobre este particular se entablaran una serie de preguntas que encabezó con las siguientes palabras: «Supongamos que los ejércitos aliados prosiguen su marcha sobre Paris con toda la rapidez que las consideraciones militares permiten; ¿cuáles son los puntos políticos sobre que deben ponerse de acuerdo las grandes potencias aliadas y en los que es de gran importancia que obren completamente unidas?» Hasta ahora la cuestion de la marcha de avance no interrumpida hacia Paris ha sido juzgada como puramente militar, y tal hubiera sido si los aliados hubiesen estado de acuerdo en las cuestiones siguientes: ¿Qué haremos una vez en Paris? ¿Con qué gobierno firmaremos la paz cuando estemos allí? ¿Podemos terminar la guerra antes de saber quién mantendrá la paz, quién consumará los sacrificios que exigiremos, quién hará las renunciaciones por nosotros sostenidas?» Respecto de todas estas cuestiones no existía armonía alguna en el campamento de los aliados: Austria, Prusia é Inglaterra querían sustituir á Napoleon con los Borbones, mientras que el emperador Alejandro no queria á éstos á ningun precio, hablando de un modo muy terminante en contra de ellos y de cualquier otro pretendiente y procurando, al propio tiempo, no nombrar directamente como único candidato suyo al príncipe heredero de

(2) *B.*, págs. 17-18.